



Revista de Claseshistoria

Publicación digital de Historia y Ciencias Sociales

Artículo Nº 267

15 de diciembre de 2011

ISSN 1989-4988

DEPÓSITO LEGAL MA 1356-2011

[Revista](#)

[Índice de Autores](#)

[Claseshistoria.com](#)

TERESA M^a MAYOR FERRÁNDIZ

El silencio de las iglesias católica y protestante ante el holocausto

RESUMEN

En general se puede afirmar que las iglesias católica y protestante no alzaron su voz para defender a los judíos, víctimas inocentes del Holocausto. El propio papa Pío XII guardó un silencio excesivamente prudente que ha generado muchas dudas. Sin embargo muchos sacerdotes y pastores protestantes no sólo se opusieron al genocidio de los judíos, sino que les ayudaron poniendo en peligro sus vidas.

PALABRAS CLAVE

Iglesia Confesante, Dietrich Bonhoeffer, Martín Niemöller, Pío XII, Katyn, Pacto Molotov-Ribbentrop, Campo de exterminio de Jasenovac, Paul Celan.

Teresa M^a Mayor Ferrándiz

Licenciada en Geografía e Historia

Profesora de Bachillerato y Secundaria

teresa.mayor@gmail.com

Claseshistoria.com

15/12/2011

Las iglesias protestante y católica no alzaron su voz para defender, abiertamente, a las víctimas inocentes. La mayoría de los cristianos alemanes se dejaron llevar por el antisemitismo circundante, muchos adoptaron la cómoda postura de mirar hacia otro lado, por miedo o por pura indiferencia a pesar de que, en 1930, el cardenal Michael Von Faulhaber de Munich había calificado a la ideología nacionalsocialista de “*herejía, incompatible con la visión cristiana del mundo*” (1). Von Faulhaber estaba preocupado por la sospecha de que se estaba gestando un movimiento, en las *Sicherheitsdienst*, la organización de inteligencia de las SS, destinado a fundar una religión germánica inspirada en lo que había escrito el historiador romano Tácito en su obra “*Germania*”, una “*pequeña, pero muy valiosa, fuente histórica*”, según palabras del arzobispo de Munich. Para Von Faulhaber “*entre los germanos de la era precristiana resultaba imposible hablar de una civilización propiamente dicha*”, y concluía afirmando que la nación alemana debía su civilización al cristianismo. Los sermones del eclesiástico fueron atacados en muchos periódicos nazis donde fueron calificados de “*delito político*”. Algunos miembros más exaltados de las Juventudes Hitlerianas acabaron quemando los sermones de Von Faulhaber, tal como ya había ocurrido en el mes de mayo de 1933 en la pira levantada en la Bebelplatz de Berlín. La “*Germania*” de Tácito era, para muchos nazis, una especie de Biblia donde se hablaba del antiguo pueblo germano, un pueblo que destacaba por su pureza racial y su valentía capaz de desafiar a la misma muerte (2).

El día 22 de julio de 1933 Hitler, en uno de sus discursos, anunció su plan de crear una Iglesia unida al Tercer Reich. Dicha Iglesia se fundó en un sínodo celebrado el 27 de septiembre de ese mismo año y el obispo Ludwig Müller se convirtió en el primer obispo nazi. Un periódico protestante, de ideología liberal y crítico con el nazismo, ridiculizó este singular “*acontecimiento*”:

Oficio religioso. El himno de apertura ha concluido. El pastor se pone de pie ante el altar y toma la palabra:

“Se solicita a los no arios que abandonen el templo”.

Nadie se mueve.

“Se solicita a los no arios que abandonen el templo inmediatamente”.

Otra vez todos permanecieron inmóviles.

“Se solicita a los no arios que abandonen inmediatamente el templo”.

En ese momento Cristo desciende del altar y sale.

El director del periódico fue detenido y enviado a un campo de concentración (3).

Viktor Klemperer, en su *Diario*, constata que la Navidad del año 1938 estaba totalmente depojada de elementos cristianos:

Navidad de la Gran Alemania, que para el alma alemana significa el renacer de la luz, el resurgir del Imperio alemán. El judío Jesús y todo lo religioso y todo lo humano en general, suprimidos. Es, no cabe duda, la consigna para todos los periódicos (4).

El antijudaísmo tradicional estaba tan firmemente arraigado en la mayoría de los creyentes cristianos, que éstos seguían mostrando un antisemitismo más o menos “moderado”, que toleraba, sin protestar, los excesos nazis sin ningún tipo de cuestionamiento. Como ejemplo de lo dicho, podemos citar que, en octubre de 1938, en “*La Civiltà Católica*”, un diario editado por los jesuitas y controlado por el Vaticano, se publicó un artículo en el que se decía que “*el judaísmo es siniestro y que los judíos intentan tomar el control del mundo mediante el dinero y la secularización*” (5).

Tan sólo unos pocos pastores protestantes se atrevieron a mostrarse públicamente como antinazis y fundar una Iglesia disidente de la oficial: la Iglesia Confesante, donde destacaron los pastores Wilhelm Vischer, Martin Niemöller, Heinrich Grüber, Dietrich Bonhoeffer y el suizo Karl Barth. Todos ellos denunciaron el genocidio y algunos se comprometieron tratando de salvar la vida a muchos judíos. Muchos de estos hombres, justos y compasivos, acabaron sufriendo ellos mismos la muerte, como le ocurrió al pastor Dietrich Bonhoeffer (1906-1945), que fue condenado a muerte y ahorcado en un campo de concentración de Flossenbürg, y la tortura, como le sucedió al pastor Heinrich Grüber que fue enviado al campo de concentración de Sachsenhausen y, luego, al de Dachau. Sin embargo el pastor Heinrich Grüber (1911-1975) tuvo suerte, pudo sobrevivir, aunque, a consecuencia de las torturas y de las constantes palizas, perdió toda su dentadura...

Para el pastor Dietrich Bonhoeffer la cristiandad no debía callar ante las injusticias. Por eso afirmaba con contundencia: “*¡Sólo quien grite por los judíos tiene derecho a cantar gregoriano!*”. Llegó a afirmar que el “*pecado original*” de muchos de sus compatriotas era el antisemitismo. Para Dietrich Bonhoeffer la persecución a los judíos fue la principal razón que le impulsó a combatir el nazismo. También resaltaba motivos teológicos porque es evidente que la fe cristiana tiene unas indiscutibles raíces judías: “*El Dios de los judíos es también el Dios del Nuevo Testamento*”, “*Expulsar a los judíos de Occidente acarrea necesariamente consigo la expulsión de Cristo, porque Jesucristo era judío*”. Sus valientes palabras y su comprometida trayectoria vital contrastaban con una seria advertencia, pro-nazi, del obispo bávaro Hans Meiser, en la que llegó a afirmar que todo aquel que criticara las Leyes de Núremberg “*se haría responsable de su propio martirio*” (6). La cruel y cómplice “*indiferencia*” de muchos alemanes, ante tales masacres, fue denunciada por otro famoso pastor de la Iglesia Confesante, Martín Niemöller (1892-1984), que, también, reaccionó contra el nazismo en 1933 y, por ello, estuvo preso en los campos de concentración de Sachsenhausen

y Dachau, desde el año 1937 hasta el 1945, cuando las tropas aliadas lo liberaron, en un impactante poema, falsamente atribuido al poeta y dramaturgo comunista alemán Berthold Brecht:

*Cuando los nazis vinieron a llevarse
a los comunistas,
guardé silencio,
porque yo no era comunista.*

*Cuando encarcelaron a los socialdemócratas,
guardé silencio,
porque yo no era socialdemócrata.*

*Cuando vinieron a buscar a los sindicalistas,
no protesté,
porque yo no era sindicalista.*

*Cuando vinieron a llevarse a los judíos,
no protesté,
porque yo no era judío.*

*Cuando vinieron a buscarme,
no había nadie más que pudiera protestar.*

Niemöller fue detenido por la Gestapo el 1 de julio de 1937. Estuvo preso en el campo de concentración de Sachsenhausen, cercano a Berlín, en una celda especial que venía a ser como una especie de prisión dentro de otra prisión, donde estaban retenidos prisioneros *especiales*, como el comunista George Elser, que había atentado contra Hitler, y el político español Largo Caballero, y, posteriormente fue trasladado al campo de Dachau, donde permaneció hasta 1945, como ya hemos señalado.

A principios del verano de 1938, el Papa Pío XI, muy crítico con el régimen nazi, pidió al jesuita norteamericano John LaFarge, conocido por sus actividades antirracistas, que preparase una encíclica para condenar el racismo y el antisemitismo nazi. Se contó con la ayuda de otros dos sacerdotes jesuitas, el alemán Gustav Gundlach y el francés Gustave Desbuquois. Juntos elaboraron el borrador de "*Humani Generis Unitas*" (*La unidad del género humano*). Mientras tanto Pío XI, en un encuentro con peregrinos belgas, dijo:

*Para los cristianos es imposible participar en el antisemitismo.
Reconocemos que todo el mundo tiene derecho a defenderse, y que*

debe adoptar los medios necesarios para proteger intereses legítimos. Pero el antisemitismo es inadmisibile. Espiritualmente, todos somos semitas (7).

Se considera que el mensaje de la Encíclica que se estaba elaborando sería muy parecido a estas palabras. Pío XI veía a Hitler no sólo como un “bribón”, sino, sobre todo, como “una persona malvada” (8). En la Encíclica se condenaría el racismo y el antisemitismo, pero, desgraciadamente, el papa Pío XI murió el 9 de febrero de 1939. Su sucesor, Pío XII, tomó la incomprensible decisión de archivar la encíclica “*Humani Generis Unitas*”. El día 3 de marzo de 1939, el jefe del departamento de asuntos vaticanos del Ministerio de Asuntos Exteriores del Reich, consejero Du Moulin, prepara un informe sobre el nuevo papa, Pío XII, que había sido elegido, como tal, el día anterior. En dicho informe se dice que:

Pacelli es considerado como muy amigo de Alemania (sehr deutschfreundlich). Es bien sabido su excelente dominio del alemán. Sin embargo, la defensa de una política ortodoxa de la Iglesia lo ha llevado en diversas ocasiones a una oposición de principio con respecto al nacionalsocialismo. A pesar de ello, no se le puede reprochar el haber cooperado en la política de fuerza de Pío XI y, en particular, en la preparación de los discursos abiertamente hostiles de dicho papa. Por el contrario, se ha esforzado en distintas ocasiones en llegar a fórmulas de compromiso y ha expresado a nuestra Embajada el deseo de establecer relaciones amistosas (9).

Desde entonces el Vaticano calló ante tanta atrocidad perpetrada por el nazismo y regímenes similares, a pesar de ser conocedor de noticias tan horrendas como la liquidación del gueto de Varsovia y las matanzas de los judíos en Ucrania y en todo el Este por diversas personalidades, como el embajador estadounidense ante la Santa Sede, Myron C. Taylor, el embajador británico en el Vaticano, Francis d’Arcy Osborne y el líder espiritual católico de Ucrania, el metropolitano Andrei Sheptytskyi, entre otros. Este último escribió al Vaticano acerca de la deportación de los judíos:

Ahora todos están de acuerdo en que el régimen alemán es quizá más malvado y diabólico que el bolchevique. Durante más de un año no ha pasado un solo día sin que se hayan cometido los crímenes más horrendos. Los judíos son las víctimas principales. En su momento, empezaron a matar judíos abiertamente por las calles, a plena vista del público. El número de judíos muertos en nuestra región ha sobrepasado sin duda los 200.000 (10).

También el embajador polaco, señor Kazimierz Papée entregó personalmente una carta al cardenal Tardini el día 21 de diciembre de 1942, de la que extraemos estos párrafos:

La embajada polaca tiene el honor de comunicar a la secretaría de Estado de Su Santidad la siguiente información proveniente de fuentes oficiales:

Los alemanes están liquidando a la entera población judía de Polonia. Se llevan primero a los ancianos, los tullidos, las mujeres y los niños, lo que prueba que no se trata de deportaciones a trabajos forzados, y confirma la información según la cual estos deportados son conducidos a instalaciones especialmente preparadas, para ser ejecutados allí según diversos métodos –al tiempo que- los jóvenes y capaces son diezmados por el hambre y los trabajos forzados.

En cuanto al número de judíos polacos exterminados por los alemanes, se estima que ya sobrepasa el millón. Sólo en Varsovia había en el gueto, a mediados de julio de 1942, cuatrocientos mil judíos; en el curso de julio y agosto, doscientos cincuenta mil fueron llevados al este; el 1 de septiembre sólo se distribuyeron ciento veinte mil bonos de racionamiento en este gueto, y el 1 de octubre cuarenta mil. La “liquidación” procede con el mismo ritmo en otras ciudades de Polonia (11).

Al mismo tiempo el Papa Pío XII también recibía cartas antisemitas, como la que le envió el dictador español, el 12 de abril de 1943, en la que el general Franco decía que:

Se mueven, entre bastidores, la masonería internacional y el judaísmo imponiendo a sus afiliados la ejecución de un programa de odio contra nuestra civilización católica, en la que Europa constituye el blanco principal por considerársele el baluarte de nuestra fe (12).

El Papa Pío XII, por su parte, destacó por su Silencio (escrito con letra mayúscula por no ser un silencio cualquiera), un enigmático “*silencio sonoro*” que ha generado dos interpretaciones absolutamente contradictorias: Una de éstas acusa al papa de “*filonazi*” y antisemita, la otra, por el contrario, señala que el pontifice protegió a muchos judíos perseguidos y que con su prudencia evitó mayores derramamientos de sangre (13). Pío XII, conocido por su famosa germanofilia, en el *Mensaje de Navidad* de 1942, sólo hizo una velada y muy “*prudente*” condena del Holocausto, tan sutil y *descafeinada* que pasó casi desapercibida para la mayor parte de los católicos, pero no para los dirigentes nazis porque la Oficina Central del Reich para la Seguridad, después de escuchar el Mensaje papal, había llegado a las siguientes conclusiones:

Como nunca antes había sucedido, el Papa ha repudiado el nuevo orden nacionalsocialista europeo (...). Acusa virtualmente al pueblo alemán de injusticia con los judíos y se hace portavoz de los criminales de guerra europeos (14).

Sin embargo en el Mensaje citado, el papa Pío XII, no hacía ninguna referencia concreta a las matanzas de judíos por los nazis. En cambio invitaba a “*rechazar toda forma de materialismo que sólo ve en el pueblo un rebaño de individuos que (...) son considerados como materia de dominación y arbitrio*”. Y proseguía:

“La humanidad debe este compromiso a los innumerables muertos que yacen sepultados en el campo de batalla: el sacrificio de sus vidas en el cumplimiento de su deber es el holocausto para un nuevo y mejor orden social.

La humanidad debe éste al enorme grupo de madres, de viudas y de huérfanos que han visto cómo les arrancaban la luz, el compromiso, el sostén de sus vidas.

La Humanidad debe este compromiso a los innumerables exiliados que el huracán de la guerra ha arrancado de su patria y ha dispersado en tierra extranjera (...).

La humanidad debe este compromiso a los cientos de miles de personas que sin la menor culpa, a veces sólo por razones de nacionalidad o estirpe, son destinadas a la muerte o a un progresivo deterioro”.

Para muchos historiadores críticos con el Vaticano, este Mensaje es algo así como una especie de “*reprimenda blanda*”, pero los nazis alemanes, como ya hemos visto, lo consideraban una seria amenaza para su seguridad. Harold Tittman, representante norteamericano ante la Santa Sede, después de una conversación con el Papa escribió:

En lo que se refiere a su mensaje de Navidad el Papa me ha dado la impresión de creer sinceramente que se había expresado con suficiente claridad para satisfacer a todos aquellos que últimamente habían insistido para que pronunciara algunas palabras condenando las atrocidades nazis. Me ha parecido sorprendido cuando le he dicho que no todo el mundo opinaba lo mismo.

Me ha dicho que, en su opinión, resultaba evidente que al hablar de centenares de miles de personas muertas o torturadas sin que se les pudiera imputar falta alguna, y a veces tan sólo a causa de sus orígenes raciales o de su nacionalidad, había aludido a los polacos, a los judíos y a los rehenes.

Me ha dicho que al hablar de esas atrocidades, no habría podido mencionar a los nazis sin mencionar igualmente a los bolcheviques y que, según creía, ello no habría agradado en lo más mínimo a los aliados (15).

La alusión a los bolcheviques se puede referir, probablemente, a la matanza de entre 15.000 y 30.000 oficiales del ejército, intelectuales y ciudadanos notables, todos ellos polacos, en el bosque de Katyn, cerca de Smolensko, muchos de ellos con un tiro en la nuca, en la primavera de 1940. Matanza que, efectivamente, perpetraron los rusos y que, tras su descubrimiento en abril de 1943, fue ampliamente difundida por los alemanes en un gran alarde propagandístico. El ministro de Propaganda Joseph Goebbels se sirvió ampliamente de esta matanza para atacar a los judíos, a quienes la propaganda antisemita atribuía este asesinato colectivo, y a la Unión Soviética. De paso, la Cancillería del partido nazi de Múnich, atribuyó a ciertos “*grupos clericales*” de Baviera haber dicho que:

Las SS emplearon métodos similares en su lucha contra los judíos en el este. El trato horrible e inhumano que las SS dan a los judíos exige prácticamente que el Señor castigue a nuestro pueblo. Si estos asesinatos no quedan vengados en nosotros, es que ya no hay justicia divina. El pueblo alemán se ha echado tal culpa colectiva sobre sí mismo que no puede contar con ninguna clase de piedad o de perdón. Todo queda implacablemente vengado aquí en la Tierra. Debido a estos métodos salvajes ya no hay posibilidad de que nuestros enemigos se conduzcan humanamente en la guerra (16).

Este asesinato metódico y múltiple fue consecuencia del pacto firmado por Hitler y Stalin por el que, tanto el Tercer Reich como la URSS, se repartieron Polonia. Los dirigentes soviéticos Stalin, Woroswhilow y Molotov buscaron el exterminio de las élites polacas porque, además de acabar con el Estado polaco, se buscaba, también, acabar con los intelectuales, profesores universitarios, líderes religiosos y políticos y jefes militares polacos. Se trataba, pues, de descabezar a toda una nación, que había sido invadida, para que permaneciera siempre postrada, dominada. Para los alemanes el hallazgo de Katyn fue la oportunidad de oro para mostrar al mundo los crímenes del estalinismo y, de paso, intentar sembrar la discordia entre los aliados, incluido el Gobierno polaco en el exilio. Los medios de comunicación del Tercer Reich publicaron fotografías, cartillas de vacunación y detalles sobre los objetos personales hallados en las fosas. Algunos polacos se enteraron de esta forma del fallecimiento de algunos de sus familiares. Stalin, con gran cinismo, contraatacó culpando a los nazis del genocidio polaco y los ingleses apoyaron, aparentemente sin ninguna sombra de duda, a su aliado soviético. Durante el Juicio celebrado en Núremberg a los altos dirigentes nazis, los soviéticos tuvieron la desfachatez de mostrar una filmación en la que se presentaban algunas atrocidades supuestamente perpetradas por los alemanes. Sin embargo en dicha película soviética se mostraron imágenes de las matanzas de Katyn en las que se veían restos de los cuerpos de muchos militares polacos que fueron asesinados por la NKVD. Los soviéticos no pudieron probar que los culpables eran los alemanes y al Tribunal de Núremberg no le correspondía investigar quiénes eran los culpables de semejante masacre. Goering señaló, no sin cierta razón, que los rusos no tenían autoridad moral para acusar a los alemanes (17). No fue hasta el año de 1990, bajo el régimen de Mijaíl Gorbachov, cuando se aclaró la responsabilidad de la Unión

Soviética. Gorbachov dijo que la NKVD, antecedente de la KGB, había llevado a cabo la masacre. También Boris Yeltsin admitió la culpabilidad de la Unión Soviética. Como hemos dicho, muchos de los polacos asesinados, en esta horrible matanza colectiva, eran prisioneros de guerra, detenidos después de la invasión de Polonia tras el pacto germano-soviético, conocido como “*Pacto Molotov-Ribbentrop*”. El conocido cineasta polaco Andrej Wadja, hijo de un capitán fusilado en Katyn, ha podido cumplir su sueño de realizar una película sobre esta masacre. La película, que, además, recrea la ocupación nazi y soviética de Polonia, lleva el austero título de “*Katyn*” y ha sido estrenada en el año 2009 (18).

Sin embargo el cinismo del “*gauleiter*” Heinrich Lohse, comisario del Reich para el Ostland, es notable cuando señala, el 18 de junio de 1943, en un informe al ministro de los Territorios Ocupados del Este:

Que es necesario aplicar el tratamiento especial para los judíos no requiere comentarios. Pero que hayan ocurrido acontecimientos como los que señala el informe parece increíble. ¿Qué es entonces Katyn, en comparación? Imaginamos lo que significa que estos acontecimientos sean conocidos por nuestros adversarios y explotados en consecuencia. (19).

Algunos meses después, el Papa, en un discurso dirigido a los cardenales, el día 2 de junio de ese mismo año de 1942, se expresaba de manera similar a los discursos que ya hemos comentado:

“No os maravilléis, venerables Hermanos y queridos Hijos, si Nuestro ánimo responde con solicitud especialmente atenta y conmovida a las peticiones de aquéllos que se dirigen a Nos con ojos ansiosamente implorantes, sacudidos como están por razones de nacionalidad o raza, por mayores desgracias y por agudos y grandes dolores y destinados, a veces, sin la más mínima culpa, a exterminadoras presiones. Que no olviden los dirigentes de los pueblos que aquel que (por usar el lenguaje de la Sagrada Escritura) “lleva espada” no puede disponer de la vida y de la muerte de los hombres, más que según la ley de Dios, del que proviene toda potestad” (20).

En estos “*mensajes*” pontificios no se pronunciaron estas tres palabras clave: *nazis*, *exterminio* y *judíos*. Este exceso de prudencia lastraría para siempre la reputación de Pío XII, hasta el punto que todos los intentos actuales de canonización han sido desechados por su aparente inhibición ante los crímenes nazis. Sin embargo algunos jefes nazis sí que entendieron la sutil condena del Papa a su política racial. Por eso el Ministro nazi de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, encargó al embajador alemán ante la Santa Sede, Diego von Bergen, que hablara con el Pío XII, para hacerle saber que la Alemania nazi no toleraría ninguna ingerencia extranjera:

“Por algunos síntomas parecería que el Vaticano estuviese dispuesto a abandonar su habitual postura neutral y a tomar posiciones contra Alemania. Le corresponde a usted informarle de que, en este caso, no carece de posibles represalias” (21).

El “Silencio” del Papa fue, y está siendo, criticado por muchos católicos: por el jesuita alemán Gustav Gundlach, ya citado, que había estado implicado en la redacción de la Encíclica contra el racismo y el antisemitismo, titulada “*Humani Generis Unitas*”, que ya hemos comentado y que nunca llegó a publicarse porque el Papa Pío XII la consideró inoportuna, por el francés Emmanuel Mounier, e, incluso, entre los ambientes militares alemanes no se comprendía el *mutismo* de Pío XII (22). Y es que, con Pío XII, el Vaticano buscaba llegar a un acuerdo con el Tercer Reich, a pesar de la persecución de la que eran víctimas muchos monjes y muchos sacerdotes católicos en el Tercer Reich, como cinco monjes jóvenes de un monasterio de Renania que fueron acusados, sin ningún fundamento, de homosexualidad y conducidos al campo de concentración de Buchenwald. Dos días después de su llegada al “*lager*”, estos monjes fueron llevados al “*revier*” (enfermería) del campo, donde se les asesinó con una inyección letal. La acusación de homosexualidad era el argumento más utilizado por la propaganda nazi para separar a la comunidad católica de su clero (23).

Hay un contraste entre la actitud de Pío XII con la de su antecesor en la Santa Sede. El nuevo Papa era un ser distante, autoritario, inmensamente conservador, anticomunista. El propio embajador alemán en la Santa Sede, Wizaeker, escribió que el Papa Pío XII

No se ha permitido dejarse arrastrar a una manifestación expresiva contra la deportación de los judíos de Roma “a pesar de que” los círculos protestantes de los países anglosajones aprovecharán para hacer propaganda contra el catolicismo (24).

Este mismo embajador, el barón Ernst von Weizsäcker (1882-1951), protegió, a título personal, a algunos judíos italianos después de que los nazis desataran una enloquecida persecución cuando Italia se pasó al bando de los Aliados. La priora del convento de monjas de Nuestra Señora de Sión dijo que había llevado a sus puertas a 185 judíos y que le había proporcionado una carta por la cual se prohibía a los SS que pudieran registrar el edificio (25). A Pío XII, nacido Eugenio María Giuseppe Giovanni Pacelli, se le ha llamado “*El Papa de Hitler*” por su germanofilia y por no haber dado muestras aparentes de oponerse al régimen nazi y al exterminio de los judíos. Según algunas fuentes, entre las que podemos citar a Golda Meir, entre los años 1941 y 1944, el Papa y la Iglesia católica salvaron a unos 800.000 judíos. Después de su muerte, Golda Meir no dudó en declarar: “*Durante los diez años del terror nazi, mientras nuestro pueblo sufría un martirio espantoso, el Papa alzó su voz para condenar a los verdugos*” (26). En 1937 fue coautor de la encíclica “*Mit Brennender sorge*” (*Con ansiedad ardiente*), que para algunos historiadores católicos sigue siendo uno de los manifiestos antinazis más firmes, donde condenaba el paganismo del

nacionalsocialismo. Como represalia se produjeron juicios sumarísimos contra muchos curas católicos, falsamente acusados de homosexualidad. Por esta razón Pío XII empezó a mostrarse excesivamente “*prudente*” y su silencio, ante los horrores nazis, es su actitud más destacada y más conocida. Además mantuvo a Cesare Orsenigo, un pronazi antisemita, como nuncio en Berlín y anuló la excomunión al movimiento derechista, monárquico y antijudío Acción Francesa (27). Poco después de abril de 1943, 477 judíos fueron escondidos en el Vaticano y otros 4.238 fueron escondidos en diversos monasterios y conventos. Investigaciones históricas recientes demuestran que el Papa Pío XII no ordenó directamente el salvamiento de estos judíos. Meses después, el día 16 de octubre de 1943 un tren llevó a más de 1.000 deportados hasta el campo de exterminio de Auschwitz desde la estación Tiburtina ante el silencio y el excesivo y “*prudente*” mutismo de Pío XII (28).

Lo que está fuera de toda polémica es la actitud comprometida y valiente de muchos creyentes católicos, religiosos o laicos, y de las otras confesiones cristianas, a la hora de defender a los judíos con los pocos medios que tenían a mano: entrega de documentos de identidad falsos, certificados de bautismo, acogida de judíos en conventos y monasterios... Muchas monjas católicas, en toda Europa, daban protección en sus conventos a niños judíos. El Patriarca Ortodoxo de Constantinopla ordenó a todos sus obispos, en la península de los Balcanes y en otros países europeos de religión cristiana ortodoxa, que ayudaran a todos los judíos por todos los medios disponibles y que predicasen en las iglesias que ocultar y ayudar a los judíos era un deber sagrado de todo buen cristiano (29). En Bulgaria el metropolitano Cirilo de Plovdiv, una alta jerarquía de la Iglesia Ortodoxa, protestó contra la legislación antisemita de su país. El historiador italiano Renzo De Felice afirma que 150 conventos romanos fueron el seguro refugio para más de 4.000 judíos (30). Al mismo tiempo, durante la guerra, muchos diplomáticos vaticanos intervinieron salvando a muchos judíos. Alexander Shafran, rabino jefe de Bucarest, en una carta fechada el 7 de abril de 1944 al nuncio apostólico en Rumanía, escribió:

No nos es fácil encontrar las palabras adecuadas para expresar el afecto y el consuelo recibidos gracias al interés del Sumo Pontífice que ha donado una cantidad ingente de dinero para aliviar los sufrimientos de los judíos deportados (...). Los judíos de Rumanía nunca olvidarán estos hechos de una importancia histórica (31).

El jesuita padre Paolo Dezza, que fue confesor de Pablo VI, escribió en “*L’Osservatore della Domenica*”, el 28 de junio de 1964, que el propio Papa Pío XII, le habló, en 1942, de las atrocidades cometidas por los nazis en la propia Alemania y en los países ocupados y añade que el papa:

Manifestó su dolor, su angustia porque -me dijo- “se quejan de que el Papa no habla. Pero si el Papa no puede hablar. Si hablara sería peor” (...). Si el papa callaba no era por miedo o por interés, sino únicamente

por el temor de empeorar la situación de los oprimidos (...) "Si hablo – pensaba- les hago daño a ellos".

Por eso, aunque históricamente se pueda discutir si habría sido mejor hablar más o hablar más fuerte, lo que está fuera de discusión es que si el Papa Pío XII no habló más fuerte fue únicamente por este motivo, no por miedo ni por otro interés (32).

Como sacerdotes que ayudaban a los judíos, Hanna Arendt y Raul Hilberg citan al sacerdote católico Bernhard Lichtenberg, de la catedral de Santa Eduvigis (St. Hedwig), de Berlín, quién rezaba públicamente por los judíos, tanto por los bautizados como por los que seguían fieles a su fe, y que acabó pidiendo *"que se le permitiera acompañar a los judíos en su deportación a los países del Este"* (33). Este canónigo, que había condenado el programa nazi de eutanasia T4, a partir de 1938, predicaba en voz alta a favor de los judíos. Llegó a afirmar que todas las sinagogas, que habían sido atacadas, quemadas y destruidas durante la *"Noche de los Cristales Rotos"*, eran *"Casas de Dios"* y que las deportaciones de judíos eran irreconciliables con el auténtico cristianismo (34). El 29 de agosto de 1941 dos feligresas le denunciaron a la Gestapo. Cuando fue detenido, declaró que la postura del nazismo contra los judíos contradecía el primer deber ético de todo cristiano que era amar al prójimo. El tribunal que le juzgó lo condenó a dos años de cárcel. Como estaba considerado un hombre muy *peligroso*, cuando salió de la cárcel, la policía se hizo cargo de él y Bernhard Lichtenberg murió de camino al campo de concentración de Dachau, en 1943, no se sabe en qué circunstancias. Tenía 67 años (35). El padre Bernhard Lichtenberg fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 25 de junio de 1996. En el campo de concentración de Dachau estuvieron 326 sacerdotes católicos alemanes, el clero alemán también pagó un duro tributo a la barbarie hitleriana.

En Francia, el día 14 de junio de 1942, el padre Dillard invitó a sus feligreses, en la parroquia de San Luis, en Vichy, a orar por todos los prisioneros de guerra y *"por los 80.000 franceses a los que se humilla obligándoles a ostentar una estrella amarilla"*. Este sacerdote murió en el campo de concentración de Dachau (36).

En Hungría, en noviembre de 1944, el obispo de Veszperem, Joseph Mindszenty, fue detenido junto con 26 sacerdotes y seminaristas, por la ayuda que estaba prestando a los judíos (37).

Por lo que sabemos, la Santa Sede estaba informada de lo que estaba sucediendo. Su actitud estaba llena de contradicciones muy evidentes. El arzobispo Cicognani, delegado apostólico en los Estados Unidos, informó al Vaticano sobre difusión de la condena pública de los obispos norteamericanos a la *"Kristallnacht"*. Pero el silencio fue su respuesta. No podía alegar ignorancia del problema.

Veamos otros dos ejemplos bastante elocuentes: El 14 de junio de 1942 el propio arzobispo de la ciudad de Friburgo, Conrad Gröber, había escrito al Sumo Pontífice Pío XII para comunicarle que el nazismo no sólo había conseguido *"la aniquilación del*

judaísmo en su aspecto espiritual sino también en sus miembros”, recalando que ya eran unos “200.000 judíos los asesinados hasta ahora” (38). Y el día 8 de marzo de 1943 la monja húngara Margit Slachta llevó, personalmente, a la Secretaría de Estado del Vaticano noticias sobre los judíos eslovacos que habían muerto tras las privaciones, o como consecuencia de las muchas atrocidades de las que habían sido víctimas (39). Y eso que el gobierno de Eslovaquia estaba presidido por un sacerdote católico, Jozep Tiso, que estaba al frente del Partido Popular Eslovaco de Hlinka, que se alió con los nazis y permitió que Alemania dominase la política exterior de su país. Así pues, el gobierno eslovaco se adhirió rápidamente a las medidas antisemitas nazis que culminaron con la deportación de toda la comunidad hebrea eslovaca. En marzo de 1942 Tiso y su gobierno proporcionaron al Reich veinte mil judíos, hombres, mujeres y niños, la mayoría de los cuales acabaron siendo asesinados en Auschwitz (40). Sin embargo el Papa seguía callado, y, por supuesto Jozep Tiso nunca fue excomulgado ¿Por qué permitió el régimen pronazi de Tiso y, curiosamente, en el año 1944, excomulgó al líder filonazi belga León Degrelle?

El campo de concentración de Jasenovac, en territorio croata, estaba dirigido por Miroslav Majstorovic, por Vjekoslav (*Maks*) Luburić, conocido como “*Maks el Carnicero*”, y por el padre franciscano Miroslav Filipovic, entre otros genocidas *ustashas*, pero la Iglesia ocultó, con la excusa de su anticomunismo, tales horrores (41). Este campo de exterminio ha pasado a la historia por el gran número de personas masacradas: entre 300.000 y 700.000, la mayoría gitanos, serbios de religión ortodoxa y judíos, en un país tan diminuto como Croacia. Pero el Vaticano seguía guardando silencio ante las atrocidades del régimen Ustacha. Ante Pavelic, el jefe del Estado fascista croata, responsable de los asesinatos de judíos, gitanos, serbios, comunistas y cristianos ortodoxos, con la ayuda de la Iglesia católica, huyó de Austria y de Roma, refugiándose, primero, en Argentina, y, después, en la España del dictador Franco, donde murió en Madrid, en diciembre de 1959 (42). En septiembre de 2009, el Arzobispo de Zagreb, Josip Bozanić, condenó los crímenes perpetrados en el campo de exterminio de Jasenovac durante una misa celebrada en el lugar que había ocupado dicho campo: “*aquí en Jasenovac, sentimos un profundo dolor por todas las víctimas, especialmente aquellas que aquí sufrieron y que fueron asesinadas por miembros del pueblo croata, y aun más por miembros de la Iglesia católica*” (43). La Iglesia católica eslovaca había apoyado el exterminio de los judíos ya que publicó una carta pastoral abiertamente antisemita para que fuera leída en todas los templos del país en la que se explicaba y se justificaba la deportación de los judíos a Auschwitz (44). Otro sacerdote católico, llamado Albert Hartl, fue jefe de la Oficina Principal de Seguridad del Reich y, al mismo tiempo, servía en el *Einsatzgruppe C*. Hartl vio las burbujas producidas por los gases que se formaban por la descomposición de los cuerpos que estaban enterrados en Babi Yar... El sacerdote Albert Hartl nunca fue ni juzgado ni condenado (45).

Como ya hemos visto, en la ciudad de Roma, la noche del 15 al 16 de octubre de 1943 fueron detenidos 1.259 judíos, de los cuales más de 1.000 fueron deportados a Auschwitz (46) y el Papa no protestó, siguió callado, en silencio. Un silencio (o, mejor

dicho, casi silencio) tan largo que, para muchos cristianos, comprometidos en la defensa de los derechos humanos, venía a ser como un “*lavarse las manos*”, una postura muy similar a la del romano Poncio Pilatos y no la actitud prudente y sabia que mencionan el jesuita Paolo Dezza y el intelectual francés Bernard-Henri Lévy entre otros. Por cierto, el artículo de Bernard-Henri Lévy, titulado en español “*En defensa de Benedicto XVI*”, fue publicado en varios periódicos, como el italiano *Corriere de la Sera* (20 de enero de 2010), *El País*, (el 24 de enero de 2010) y en el suplemento semanal del diario israelí *Haaretz* (el 22 de enero del 2010). Las frases con las que Bernard-Henri Lévy son toda una manifiesta acusación contra los que cuestionan el papel de Pío XII durante los años del nazismo:

Último apunte en el Gran libro de la bajeza contemporánea: ya se trate de Pío o de Benedicto, se puede ser papa y chivo expiatorio.

La polémica está servida; las contradicciones, también. El silencio del Vaticano sobre la *Shoah* se prolongó hasta después de la Segunda Guerra Mundial... El autor que abrió la polémica sobre los “*silencios de Pío XII*” fue el dramaturgo alemán Rolf Hochhuth (nacido el 1 de abril de 1931 en Eschwege, Hessen, ciudad que se encontraba en Alemania Occidental, antes de su reunificación), en el año 1963, con su obra *El vicario*. Rolf Hochhuth es un autor al que el escritor francés Bernard-Henri Lévy califica irónicamente como “*ardiente justiciero*” y, al mismo tiempo, un “*conocido negacionista, condenado varias veces como tal, y cuya última provocación consistió en una entrevista, publicada hace cinco años en el semanario de extrema derecha Junge Freiheit, en la que defendía a David Irving, que niega la existencia de las cámaras de gas*” (47). En el año 2002 el director de cine greco-francés Costa-Gravas hizo una magnífica adaptación cinematográfica de la obra “*El vicario*”, que fue titulada, en inglés y en español, “*Amén*”. Sus actores protagonistas son: Ulrich Tukur, como Kurt Gerstein, un químico y miembro de las SS profundamente religioso, y Mathieu Kassovitz, como el jesuita Riccardo Fontana. La “*conversión*” del polémico Rolf Hochhuth al “*negacionismo*” se produce en el año 1967, cuando escribió “*Soldados*”, que trata sobre el criminal bombardeo de la ciudad de Dresde por los aliados. Esta obra se basó parcialmente en los trabajos del revisionista (pseudo)historiador británico David Irving, quien, a partir de entonces, se convertirá en amigo suyo...

No hay que olvidar tres hechos relevantes: El Vaticano consiguió firmar un Concordato con el III Reich en los primeros tiempos de la dictadura nazi (20 de julio de 1933). Dicho Concordato aseguraba privilegios y financiación para la enseñanza católica y el reconocimiento de su organización jerárquica. En segundo lugar, tampoco el Vaticano se negó a poner en el Índice a “*Mein Kampf*”, a pesar de su glorificación de la violencia, de su darwinismo social, de la exaltación de la eugenesia, de su virulento anticristianismo y de su racismo y antisemitismo, como sí había hecho con el “*Mito del siglo XX*” de Alfred Rosenberg, tal y como se puede comprobar en los archivos del Santo Oficio que se hicieron públicos en el año 2003 (48). Y en tercer lugar, otro hecho destacado es que el Papa Pacelli tenía fuertes prejuicios antisemitas y, como los propios nazis, relacionaba a los judíos con la revolución mundial y con el bolchevismo.

Es más “*Siempre temió que una política antinazi acabara favoreciendo al comunismo*” (49). Todo esto sorprende porque el propio Hitler había esbozado, el 11 de julio de 1941, una curiosa teoría sobre el cristianismo en una de sus muchas arengas a sus invitados, en su cuartel general en Rastenburg, en Prusia Oriental:

El cristianismo es el golpe más duro que la humanidad haya sufrido jamás. El bolchevismo es el hijo ilegítimo del cristianismo. Ambos son frutos del judío. El cristianismo ha llenado el mundo con la mentira consciente en las cuestiones religiosas (50).

Y el 30 de noviembre de 1944 Hitler le explicaba a Bormann cosas tan aberrantes como ésta:

Jesucristo, ciertamente, no era judío. Los judíos nunca habrían entregado a uno de los suyos a los romanos, a un tribunal romano; le habrían juzgado ellos mismos. Parece que en Galilea vivían muchos descendientes de legionarios romanos, y Jesús era uno de ellos. Podría ser que su madre fuese judía (51).

En sus críticas al cristianismo, Hitler llega a decir lo siguiente: “*La religión que montó Pablo de Tarso y que posteriormente se llamaría cristianismo, no es sino el actual comunismo*” (52). También afirma que el Islam puede ser una alternativa válida al cristianismo por su espiritualismo guerrero (53). Himmler tenía al Corán como libro de cabecera.

Ideas anticristianas similares podemos encontrar en el pseudofilósofo del Reich, Alfred Rosenberg, ideólogo del partido nazi y autor del oscuro e ilegible marmotreto titulado “*El mito del siglo XX*”, donde defendía el paganismo germánico, la poligamia, la esterilización forzosa, además de tildar de “*judaizada*” a la ética cristiana y afirmar que:

Los horribles crucifijos de las épocas del barroco y el rococó, que muestran cuerpos demacrados en todas las esquinas, serán sustituidos gradualmente por monumentos a los soldados caídos. Estos monumentos ostentarán los nombres de aquellos hombres que, como un símbolo del eterno mito de la sangre y la voluntad, dieron sus vidas por la causa más noble: por el honor del nombre alemán (54).

El Vaticano protestó por la inclusión de “*El mito del siglo XX*” en los programas escolares y en 1934 lo incluyó, en 1934, en el Índice de libros prohibidos. Este hecho proporcionó una gran publicidad extra al libro de Rosenberg que, de la noche a la mañana, se convirtió en uno de los libros más comentados en el mundo entero. *L'Observatore Romano* informó así:

Este libro escarnece todos los dogmas de la Iglesia católica, sin detenerse siquiera ante las mismas bases de la religión cristiana, y los niega de plano. Aboga por fundar una nueva religión o una religión alemana y proclama el siguiente principio: “Hoy se ha despertado una

nueva fe, el mito de la sangre, la creencia en la necesidad con la sangre la divinidad del hombre; la fe basada en la verdad absoluta de que la sangre del norte representa el misterio que ha sustituido y superado los antiguos sacramentos” (55).

Sin embargo, a pesar de su anticristianismo, los nazis recurrieron, muchas veces, en sus concentraciones, a espectaculares escenografías que evocan, inevitablemente, la liturgia y los rituales cristianos. Un ejemplo de lo dicho, son las llamadas “*Catedrales de la Luz*” de Albert Speer. Y Hitler era alabado en libros de oraciones e himnos como el salvador de Alemania, como en esta “*oración*” que los niños aprendían a rezar en la mesa:

*Führer, mi Führer, que Dios me ha dado,
mi vida protege y mantén por muchos años.
Tú has salvado a Alemania de la peor de las miserias
y a ti te doy hoy gracias por el pan de cada día.
¡Quédate conmigo, no me dejes nunca,
Führer, mi Führer, fe mía, luz mía! (56).*

El cardenal Faulhaber, a pesar de haber criticado en sus sermones el profundo paganismo anticristiano de la ideología nazi (como ya hemos visto), demuestra su admiración hacia Hitler en numerosas ocasiones:

A diferencia de los gobiernos de la época de las controversias parlamentarias, él no deja que los acontecimientos se presenten, sino que dirige su curso. Además, sabe ser solemne y casi amable, como cuando dice: El individuo no es nada; el individuo muere. El cardenal Faulhaber morirá; Adolf Hitler morirá. Esto le hace sentirse a uno recogido y humilde ante el Señor. Sin duda alguna, el Canciller vive en un estado de fe en Dios” (57).

El cardenal Adolf Bertram de Breslau (1859-1945), desdeñaba al nazismo por su paganismo, pero, al mismo tiempo, veía en esa ideología política una firme oposición al bolchevismo, por eso siempre mostró una lealtad inquebrantable a Hitler hasta el último momento. Por su parte Hitler, en sus “*conversaciones de sobremesa*”, dijo de él:

Las religiones organizadas, y en especial la Iglesia Católica, suelen mostrar un aire inocente y halagar al hombre que está en el poder. Esto lo experimenté yo mismo cuando poco después de conseguir el poder recibí la visita del obispo Bertram. Me comunicó los buenos deseos y el reconocimiento del clero católico con tanta unción que, de no haberlo sabido por mis propias y amargas experiencias, parecería imposible que

ni un solo nacionalsocialista hubiera sido excluido de la Iglesia a causa de sus convicciones, perseguido o incluso execrado tras su muerte (58).

Es más, el día 2 de mayo de 1945, cuando se enteró del suicidio de Hitler en su bunker, el obispo Bertram pidió que todos los párrocos de su diócesis celebraran una misa solemne por el difunto führer. Su postura política era la de la mayoría de las autoridades eclesiásticas católicas, una postura que recibía la aprobación del papa Pío XII. Opuesto al cardenal Bertram estaba el obispo Konrad, conde de Preysing, y un pequeño grupo de obispos y sacerdotes, lo que originó un enfrentamiento entre unos y otros por la cuestión judía, pero dicha polémica no hizo nada por cambiar la actitud pasiva de la mayoría de los católicos ni produjo un rechazo público de la política criminal de los nazis hacia los judíos (59). También durante el Tercer Reich hubo una persecución religiosa, en el campo de Dachau, por ejemplo, en los barracones 26, 28 y 30 había un total de dos mil setecientos sesenta y tres sacerdotes detenidos de más de veintitrés nacionalidades distintas, de los cuales murieron mil treinta y cuatro (60).

Años después, algunos obispos protegieron a antiguos nazis que habían jugado un papel activo como genocidas. Un buen ejemplo nos lo proporciona nada menos que Simón Wiesenthal:

Era el doctor Gustav Otto Wächter. Un individuo comprometido en el asesinato del canciller austríaco Dollfuss. Cuando entraron los alemanes asumió el cargo de jefe de policía de Viena y luego fue gobernador de Galitzia. Después de la guerra seguí las huellas de ese genocida. Esas huellas me llevaron al Vaticano. Para entonces, Wächter ya había muerto. Se había establecido en Roma bajo el nombre falso de Otto Reinhart. El obispo Alois Hudal le administró los últimos sacramentos. La fiscalía de Stuttgart interrogó a ese prelado por indicación mía. Respondió con evasivas cuando le preguntaron por qué no había revelado la verdadera identidad de aquel hombre a las autoridades. Para justificarse, adujo que él era justamente un sacerdote y no un policía (61).

Se trata del mismo Monseñor Hudal, que, en 1936, había escrito “*Las bases del nacionalsocialismo*”, que fue incluido en el Índice por el Vaticano, libro que había regalado al propio Hitler y donde pretendía forjar un nazismo *cristianizado* (62). Adolf Eichmann, para poder huir de la justicia europea, utilizó la llamada “*ruta de las ratas*”, un complejo mecanismo que este obispo austríaco había establecido en Roma, donde el padre franciscano Anton Weber le facilitó un pasaporte, expedido por la Cruz Roja, a nombre de un tal Riccardo Klement (63). Monseñor Hudal veía el nazismo como una continuación del *Sacro Imperio Romano Germánico*, capaz de hacer frente al peligro del marxismo y el judaísmo. También, protegió al criminal nazi Franz Stangl, responsable del asesinato de novecientas mil personas, que había sido comandante del campo de exterminio de Sobibor y Treblinka porque “*iba siempre a la iglesia por*

Navidad” y cuando estaba de permiso iba a misa todas las mañanas. Gitta Sereny, en la cárcel, pues ha sido condenado a cadena perpetua, se dirige a Stangl y le pregunta:

- ¿Qué hizo por usted el obispo Hudal?

Bueno, primero me consiguió en Roma un sitio donde estar hasta que llegaran mis documentos. Y me dio algo más de dinero; ya casi no me quedaba. Luego, pasadas dos semanas, me llamó y me entregó un pasaporte nuevo: un pasaporte de la Cruz Roja.

- ¿Ponía efectivamente “Pasaporte de la Cruz Roja”?

Sí, Era un folleto blancuzco y había una cruz roja en la cubierta. Era lo mismo, ya sabe, que los viejos pasaportes Nansen –Stangl los había visto cuando estaba en la policía, en Linz-. Habían invertido mi nombre por error. Se lo indiqué al obispo. Dije: “Hay un error, esto es incorrecto. Mi nombre es Franz D. Paul Stangl”. Pero me palmeó el hombro y dijo: “Mejor no revolver el asunto. No se preocupe”.

Me consiguió un visado de entrada en Siria y un trabajo en una fábrica textil en Damasco, y me entregó un billete para el barco. Así que me fui a Siria... (64).

Y es que, a pesar su catolicismo e hipócrita “beatería”, ese mismo Franz Stangl, como Kaltenbrunner, era un auténtico sádico y un verdadero cínico. Gitta Sereny recoge el testimonio de un antiguo SS de Treblinka que recuerda que Stangl decía a los SS que por orden de Hitler “nadie debía ser azotado ni torturado”. Pero, a continuación agregaba: “Es imposible. Aunque cuando lleguen los peces gordos debéis esconder los látigos” (65). Gitta Sereny, en el último día de sus entrevistas con el comandante de Treblinka, el domingo 27 de junio de 1971, le pregunta al responsable del exterminio de cerca de novecientas mil personas, la inmensa mayoría judíos:

- ¿Qué es Dios?

- “Dios es todo aquello que es más elevado y que no puedo comprender, sino únicamente creer”.

(...)

- ¿Estaba Dios en Treblinka?

- “Sí –dijo-. De otro modo, ¿cómo podría haber sucedido aquello?”.

- Pero, ¿Díos no es bueno?

- “No –dijo pausadamente -. Yo no lo diría. Es bueno y malo. Y luego, las leyes están hechas por los hombres; y la fe en Dios también depende de los hombres. Así que eso no prueba casi nada ¿no? El hecho es que hay cosas que la ciencia no puede explicar, así que tiene que haber algo más allá del hombre” (66).

Al día siguiente Franz Stangl apareció muerto en su celda, su fallecimiento se debió a un ataque al corazón.

Alfred Jarschel, antiguo jefe de las Juventudes Hitlerianas, en un libro escrito bajo el pseudónimo de Werner Brockdorff, titulado "*Flucht von Nürnberg*" (*Huir de Nuremberg*), un relato autobiográfico, cuenta como muchos antiguos nazis fueron protegidos en Italia por el clero católico, algunos de ellos llegaron a vivir en Roma disfrazados de monjes, a muchos se les entregó dinero, se les alojó en monasterios y conventos y se les facilitó todos los medios para poder abandonar el continente europeo sin problemas (67). Podemos citar los casos de Otto Wächter, gobernador de Galitzia, otro dirigente nazi protegido por el obispo Alois Hudal, que murió en el hospital del Espíritu Santo en Roma, en 1949. Del sacerdote Jozef Tiso, ya citado aquí, que fue presidente de Eslovaquia desde 1938 a 1945, que fue albergado por el cardenal Faulhaber en un monasterio de Baviera, antes de ser capturado por los norteamericanos que lo extraditaron a Checoslovaquia, donde fue condenado a muerte y ejecutado. Y de Artur Greiser (1897-1946), un auténtico genocida, responsable directo de las matanzas llevadas a cabo en el campo de exterminio de Chelмно, que fue condenado a muerte en 1946, a pesar de contar con una intervención a su favor del papa Pío XII, el mismo papa que, como hemos también señalado, había guardado un enigmático e incomprensible silencio ante el exterminio de indefensos judíos, gitanos y rusos...

Algunos verdugos famosos, como el doctor Mengele, Hoess, comandante de Auschwitz, y numerosos SS, en sus documentos personales, se definían como "*gottgläubiger*", es decir, creyentes. No eran, en absoluto, ateos a pesar de que el papa Juan Pablo II llegó a afirmar que Auschwitz fue construido por la negación de la fe, como una victoria del ateísmo. Además, el propio Mengele se preocupaba en aclarar que era católico (68).

En Auschwitz y en los otros campos de concentración y de exterminio se constató el silencio y la ausencia de Dios ¿Dónde estaba Dios? ¿Qué Dios? ¿El Dios judío? ¿El Dios de los cristianos? Estas preguntas no podían dejar indiferentes a muchos teólogos porque la propia teología cristiana se había comprometido en acuñar y en divulgar muchos de los tópicos antijudíos: "*los judíos mataron a Dios*", olvidándose de que Jesús era judío. Ante el Mal, Dios no interviene, no porque no quiera, sino porque no puede; la idea de un Dios todopoderoso, omnipotente, desaparece cuando analizamos la criminal historia de los campos nazis. Y, como escribe Reyes Mate, "*la muerte de un Dios todopoderoso echa sobre las espaldas del hombre la tarea de hacerse cargo de las injusticias del mundo*" (69). Para el teólogo y pastor Dietrich Bonhoeffer, víctima él mismo del nazismo, el Dios cristiano se manifiesta en la vulnerabilidad, en la fragilidad:

Dios, clavado en la cruz, permite que lo echen del mundo. Dios es impotente y débil en el mundo, y precisamente así está Dios con nosotros y nos ayuda. MT 8, 17 indica muy claramente que Cristo no

nos ayuda con su omnipotencia, sino por su debilidad y por sus sufrimientos (70).

Boris Pahor también llega a una conclusión bastante similar, añadiendo, además, que Dios es una “creación” del propio hombre, una proyección de sus propios sueños y deseos:

Ninguna revelación. Y si he tenido alguna revelación ha sido que no puede existir una divinidad buena y omnipresente que a la vez sea testigo mudo de esta chimenea. Y de las cámaras de gas. No, si existe alguna divinidad, entonces está unida a las cosas, a la tierra, al mar y al hombre y no conoce ni puede distinguir entre el bien y el mal. No obstante, esto de nuevo significa que sólo el hombre puede ordenar el mundo en el que vive, cambiarlo de tal manera que dentro de él puedan realizarse más cosas buenas que malvadas. Entonces el mundo, al menos en la medida humana, sería más aceptable. Entonces el hombre se acercaría a la idea de bondad con la que sueña ya desde que es consciente de sus facultades. Entonces se acercaría a la imagen de una divinidad bondadosa que ha engendrado su propio corazón (71).

El gran poeta judío, de lengua alemana, Paul Celan reflexiona sobre esta *debilidad* de Dios en un poema titulado “*Tenebrae*”, en el que el poeta le pide a Dios que ore al hombre (“*Bete, Herr, bete zu uns, wir sind nah*”). Esta es la traducción que de “*Tenebrae*” hace José Luis Reina Palazón:

*Cerca estamos, Señor,
ceranos y aprehensibles..
Aprehendidos ya, Señor,
entregados, como si fuera
el cuerpo de cada uno de nosotros
tu cuerpo, Señor.
Ruega, Señor,
ruéganos,
estamos cerca.
Agobiamos, íbamos,
íbamos a encorvarnos
hasta badén y bañil.*

*Al abrevadero íbamos, Señor.
Era sangre, sangre era,
lo que derramaste, Señor.
Relucía.
Nos devolvía tu imagen a los ojos, Señor.
Ojos y boca están tan abiertos y vacíos, Señor.
Hemos bebido, Señor.
La sangre y la imagen que estaba en la sangre, Señor.
Ruega, señor.
Estamos cerca (72).*

Otro poema de Celan, de temática similar, es el titulado “*Salmo*”, que forma parte de su libro “*La rosa de nadie*”, escrito en el año 1951 y dedicado a la memoria de Ossip Mandelstamm:

*SALMO
Nadie nos plasma de tierra y arcilla,
nadie encanta nuestro polvo.
Nadie.
Alabado seas tú, Nadie.
Por amor a ti queremos florecer.
Hacia ti.
Una nada
fuimos, somos, seremos
siempre, floreciendo:
rosa de nada,
de Nadie rosa.
Claro de alma el estilo
yermo tal cielo el estambre,
roja la corola*

por la púrpura palabra que cantamos

sobre oh sobre

la espina (73).

El rabino ortodoxo Eliezer Berkovits reconoce que el Holocausto fue una injusticia total. Berkovits habla del “*cubrimiento del rostro de Dios*”, que consiste en que Dios se retira de la Historia, Dios no murió en Auchwitz sino que su “*cubrimiento*” hizo posible el horror y que el exterminio de los judíos viene a ser como una especie de “*Masada espiritual*” porque Dios permite el Mal para garantizar la posibilidad de su opuesto, que es el Bien, el Amor. El rabino y teólogo Ignaz Maybaum establece el siguiente símil: si Jesús fue una víctima inocente cuya muerte condujo la Salvación al mundo, de la misma manera, las víctimas del Holocausto eran “*ofrendas sacrificiales elegidas por el propio Dios*”, que habían muerto por los pecados de los demás (74). Claude Lanzmann recoge el sobrecogedor testimonio de Richard Glazar superviviente del campo de exterminio de Treblinka, quien recuerda que cuando ardían los cuerpos de los judíos asesinados, uno de los prisioneros que era cantante de la Ópera de Varsovia se levantó y se puso a cantar en *yiddish*:

Dios mío, Dios mío

¿Por qué nos has abandonado?

En otra ocasión se nos ha entregado al fuego,

Pero jamás hemos renegado de Tu Santa Ley (75).

El teólogo Emil Fackenheim llega a la siguiente conclusión: “*Después de los campos de la muerte sólo nos queda un valor supremo: la existencia*” y hace de la supervivencia el mandamiento número 614, porque en la Torá hay 613 mandamientos... Para Fackenheim los judíos están obligados a sobrevivir como judíos para no dar una victoria póstuma a Hitler y, por eso, el Estado de Israel es una respuesta a Auschwitz, una respuesta que implica una “*vida nueva y de construcción frente a la muerte y la destrucción*” (76). Como contrapunto el francés Robert Antelme nos relata que, en el campo de Gandersheim, un Viernes Santo, unos creyentes, y otros que no lo eran, se reúnen y todos juntos se sienten hermanos de Jesús:

Un hombre había aceptado la tortura y la muerte. Un hermano. Hemos hablado de él.

Y comparan la hermosa historia contada en el Evangelio con la espantosa realidad que les envuelve. El contraste es evidente:

Aquí no entregan los muertos a sus madres, matan a las madres con ellos, se comen su pan, arcanan el oro de sus bocas para comer más pan, hacen jabón con sus cuerpos. O bien emplean su piel para las

pantallas de las hembras de los SS. Ninguna huella de clavos en las pantallas, solamente tatuajes artísticos.

“Dios mío, por qué me has...”

Alaridos de los niños a los que asfixian. Silencio de las cenizas esparcidas sobre una llanura (77).

Richard L. Rubinstein, en su obra *“After Auschwitz”*, se hace eco del pensamiento de Nietzsche cuando habla de la muerte de Dios. Para Rubinstein el Holocausto había destruido la creencia en el Dios tradicional de judaísmo, el Dios providencial que actuaba en la Historia y velaba por su pueblo. Rubinstein llega a conclusiones semejantes a las que ya hemos expuesto aquí: hay que sustituir la teología tradicional por una afirmación positiva del valor de la vida humana. Para él la respuesta que hay que dar ante las preguntas que nos hacemos ante la existencia de los campos de exterminio es clara, sencilla y radical: el rechazo de Dios (78).

NOTAS

- (1) García Pelegrín, José M^a: *Cristianos contra Hitler*, Madrid, 2011, Libros Libres, Pág. 10.
- (2) Krebs, Christopher: *El libro más peligroso. La Alemania de Tácito, del Imperio Romano al Tercer Reich*, Barcelona, 2011, Crítica, Págs. 222-225.
- (3) Este texto lo ha publicado K. Scholder en *The Churches and the Third Reich* y lo recogen Michael Baicent y Richard Leigh en *Secret Germany. Stauffenberg y la verdadera historia de la Operación Valquiria*, Madrid, 2009, Ediciones MR, Pág. 252.
- (4) Klemperer, Viktor: *Quiero dar testimonio hasta el final. Diarios, I*, Barcelona, 2003, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Pág. 470.
- (5) Gradowski, Zalmen: *En el corazón del infierno*, Barcelona, 2008, Anthropos, VIII.
- (6) Feldman, Christian: *Tendríamos que haber gritado. La vida de Dietrich Bonhoeffer*, Bilbao, 2007, Desclée de Brouwer, Págs. 123, 124, 131, 136 y 137.
- (7) Friedländer, Saul: *El Tercer Reich y los judíos, 1933-1939*, Barcelona, 2009, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Pág. 344.
- (8) Friedländer, Saul: *El Tercer Reich y los judíos, 1939-1945. Los años del exterminio*, Barcelona, 2009, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Pág. 123.
- (9) Friedländer, Saul: *Pío XII y el Tercer Reich*, Barcelona, 2007, Península, Págs. 27-28.
- (10) Citado por Friedländer, Saul: *El Tercer Reich y los judíos, 1939-1945, Los años del exterminio*, Barcelona, 2009, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Pág. 611.
- (11) Citado por Sereny, Gitta: *Desde aquella oscuridad. Conversaciones con el verdugo Franz Stangl, comandante de Treblinka*, Barcelona, 2009, Edhasa, Págs. 496-497.
- (12) Rother, Bernd: *Franco y el Holocausto*, Madrid, 2005, Marcial Pons, Pág. 73.
- (13) Elliot, Julián: "Juicio abierto. Pío XII y los nazis", revista *Historia y Vida* nº 509, 2010, Pág. 64.
- (14) Cavalli, Dimitri: "En torno al debate sobre la actitud de Pío XII. Los nazis lo conocían bien y por eso lo temían", *L'Osservatore Romano*, domingo 7 de enero de 2010, Pág. 12.
- (15) Friedländer, Saul: *Pío XII y el III Reich*, Barcelona, 2007, Península, Pág. 135.
- (16) Evans, Richard: *El Tercer Reich en guerra*, Barcelona, 2011, Península, Pág. 294.
- (17) MacDonogh, Gilles: *Después del Reich. Crimen y castigo en la posguerra alemana*, Barcelona, 2010, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Pág. 671. Owen, James: *Núremberg. El mayor juicio de la historia*, Barcelona, 2007, Crítica, Pág. 137.
- (18) Galindo, Cristina. "Los 22.000 tiros en la nuca de Stalin", diario *El País*, 18, abril, 2010.
- (19) Poliakov, Léon: *Breviario del odio*, Cómplices Editorial, 2011, Pág. 171.
- (20) Moro, Renato: *La Iglesia y el exterminio de los judíos. Catolicismo, antisemitismo, nazismo*, Bilbao, Desclée de Broker, Págs. 21-23.
- (21) Moro, Renato: *La Iglesia y el exterminio de los judíos*, Op. Cit., Pág. 25.
- (22) Moro, Renato: Op. Cit., Págs. 27 y 109-115.
- (23) Schwab, Jean-Luc: *Rudolf Brazda. Itinerario de un triángulo rosa*, Madrid, 2011, Alianza, Pág. 173.
- (24) Hilberg, Raul: *La destrucción de los judíos europeos*, Madrid, 2005, Akal, Pág. 747.
- (25) MacDonogh, Gilles: *Después del Reich. Crimen y castigo en la posguerra alemana*, Barcelona, 2010, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Págs. 686-687.
- (26) Lévy, Bernard-Henri: "En defensa de Benedicto XVI", *El País*, domingo 24 de enero de 2010.
- (27) Friedländer, Saul: *El Tercer Reich y los judíos, 1939-1945. Los años del exterminio*, Barcelona, 2009, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Págs. 123-124.

- (28) Mora, Miguel: "Un santo "Un santo bajo sospecha", diario *El País*, domingo 17 de diciembre de 2009, Págs. 8 y 9.
- (29) Friedländer, Saul: *Pío XII y el III Reich*, Barcelona, 2007, Península, Pág. 144.
- (30) Moro, Renato, Op. Cit., Pág. 31.
- (31) Cavalli, Dimitri. "En torno al debate sobre la actitud de Pío XII. Los nazis lo conocían bien y por eso lo temían", *L'Osservatore Romano*, domingo 7 de enero de 2010, Pág. 12.
- (32) Dezza, Paolo: "El Papa no puede hablar", *L'Osservatore della Domenica*, 28 de junio de 1964.
- (33) Arendt, Hanna: *Eichmann en Jerusalén*, Barcelona, 4^a edición, 2003, Lumen, Pág. 190.
- (34) Moro, Renato: *La Iglesia y el exterminio de los judíos*. Bilbao, 2004, Desclée de Brouwer, Págs. 117 y 216. Friedländer, Saul: *El Tercer Reich y los judíos, 1939-1945, Los años del exterminio*, Barcelona, 2009, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Pág. 410.
- (35) Hilberg, Raul: *La destrucción de los judíos europeos*, Madrid, 2005, Akal, Págs. 1122 y 1123. Glover, Jonathan: *Humanidad e inhumanidad. Una historia moral del siglo XX*, Madrid, 2001, Cátedra, Pág. 534. Poliakov, Léon: *Breviario del odio*, Barcelona, 2011, Cómplices Editorial, Pág. 333.
- (36) Friedländer, Saul: *Pío XII y el III Reich*, Barcelona, 2007, Península, Pág. 120.
- (37) Moro, Renato: Op. Cit., Pág. 220.
- (38) Moro, Renato: Op. Cit., Pág. 157.
- (39) Moro, Renato: Op. Cit., Págs 170-171.
- (40) Rees, Lawrence: *Auschwitz, los nazis y la Solución Final*, Barcelona, 2007, Crítica y Booket, Págs. 149-160.
- (41) Forges, Jean-François: *Educación contra Auschwitz. Historia y memoria*, Barcelona, 2006, Anthropos, Pág. 52, nota 66.
- (42) Casanova, Julián: *Europa contra Europa, 1914-1945*, Barcelona, 2011, Crítica, Pág. 196.
- (43) <http://noticias.terra.es/genteycultura/2009/0924/actualidad/cardenal-condena-por-primeravez-crimenes-en-campo-concentracion-de-jasenovac.aspx>
- (44) Goldhagen, D. J.: *Peor que la guerra*, Madrid, 2010, Taurus, Pág. 162.
- (45) Rhodes, Richard: *Amos de la muerte. Los SS Einsatzgruppen y el origen del Holocausto*, Barcelona, 2003, Seix Barral, Págs. 397 y 423.
- (46) Rhodes, Richard: *Amos de la muerte. Los SS Einsatzgruppen y el origen del Holocausto*, Barcelona, 2003, Seix Barral, Págs. 397 y 423.
- (47) Diario *El País*, Domingo, 24 de enero, 2010, Pág. 18.
- (48) Vitkine, Antoine: "Mein Kampf". *Historia de un libro*, Barcelona, 2011, Anagrama, Págs. 55 y 87.
- (49) Olavaria, Juan: "Los silencios de Pío XII", en *La Aventura de la Historia*, nº 125, Pág. 37.
- (50) Texto citado por Ryback, Timothy W.: *Los libros del Gran Dictador*, Barcelona, 2010, Destino, Pág. 210 y por Friedländer, Saul: *El Tercer Reich y los judíos, 1939-1945, Los años del exterminio*, Barcelona, 2009, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Pág. 285.
- (51) Friedländer, Saul, Op. Cit., Pág. 837.
- (52) Hitler, Adolf: *Las conversaciones privadas de Hitler*, Introducción de Hugo Trevor-Roper, Barcelona, 2004, Crítica, Pág. 577
- (53) *Las conversaciones privadas de Hitler*, Op. Cit., Págs. 534-535.
- (54) Ryback, Timothy W.: *Los libros del Gran Dictador*, Barcelona, 2010, Destino, Pág. 187.

- (55) Ryback, Timothy W.: *Los libros del Gran Dictador*, Op. Cit., Pág. 191.
- (56) Feldmann, Christian: *Tendríamos que haber gritado. La vida de Dietrich Bonhoeffer*, Bilbao, 2007, Desclée de Brouwer, Pág. 132.
- (57) Grunberger, Richard: *Historia social del Tercer Reich*, Barcelona, 2010, Ariel, Pág. 100.
- (58) Navarro García, Fernando: *Diccionario biográfico de nazismo y III Reich*, Málaga, 2010, Sepha, Pág. 57.
- (59) Friedländer, Saúl: *El Tercer Reich y los judíos (1939-1945). Los años del exterminio*, Barcelona, 2009, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Pág. 105.
- (60) García Pelegrín, José M^a: *Cristianos contra Hitler*, Madrid, 2001, Libros Libres, Págs. 15 y 113.
- (61) Wiesenthal, Simón: *Max y Helen. El Holocausto y una historia de amor*, Barcelona, 2009, Gedisa, Pág. 55.
- (62) Ryback, Timothy W.: *Los libros del Gran Dictador*, Barcelona, 2010, Destino, Pág. 207.
- (63) Moncayo, Javier: "Operación Eichmann", *Revista Historia y Vida* nº 480, 2011, Pág. 89.
- (64) Sereny, Gitta: *Desde aquella oscuridad. Conversaciones con el verdugo Franz Stangl, comandante de Treblinka*, Barcelona, 2009, Edhasa, Pgs. 429-430.
- (65) Sereny, Gitta: *Desde aquella oscuridad. Conversaciones con el verdugo Franz Stangl, comandante de Treblinka*, Barcelona, 2009, Edhasa, Pág. 294. Forges, Jean-François: *Educación contra Auschwitz*, Barcelona, 2006, Anthropos, Pág. 61.
- (66) Sereny, Gitta: *Desde aquella oscuridad*, Op.Cit., Pág. 547.
- (67) Sereny, Gitta: *Desde aquella oscuridad*, Op. Cit., Pág. 432.
- (68) Forges, Jean-François: *Educación contra Auschwitz. Historia y memoria*, Barcelona, 2006, Anthropos, Pág. 51, y, sobre todo, la nota 65.
- (69) Mate, Reyes: *Memoria de Auschwitz*, Madrid, 2003, Trotta, Pág. 188.
- (70) Bonhoeffer, D.: *Resistencia y sumisión. Cartas y apuntes del cautiverio*, Salamanca, 1983, Sígueme.
- (71) Pahor, Boris: *Necrópolis*, Barcelona, 2010, Anagrama, Pág. 226.
- (72) Celan, Paul: *Obras completas*, Madrid, Quinta edición, 2007, Trotta, Pág. 125.
- (73) Celan, Paul: *Obras completas*, Op Cit., Págs 161 y 162.
- (74) Benbassa, Esther: *El sufrimiento como identidad*, Madrid, 2011, Abada Editores, Págs. 146-150.
- (75) Lanzmann, Claude: *Shoah*, Madrid, 2003, Arena Libros, Pág. 25.
- (76) Benbassa, Esther: *El sufrimiento como identidad*, Madrid, 2011, Abada Eds., Pág. 153.
- (77) Antelme, Robert: *La especie humana*, Madrid, 2001, Arena Libros, Págs. 193-194.
- (78) Benbassa, Esther: *El sufrimiento como identidad*, Madrid, 2011, Abada Editores, Págs. 149-150.

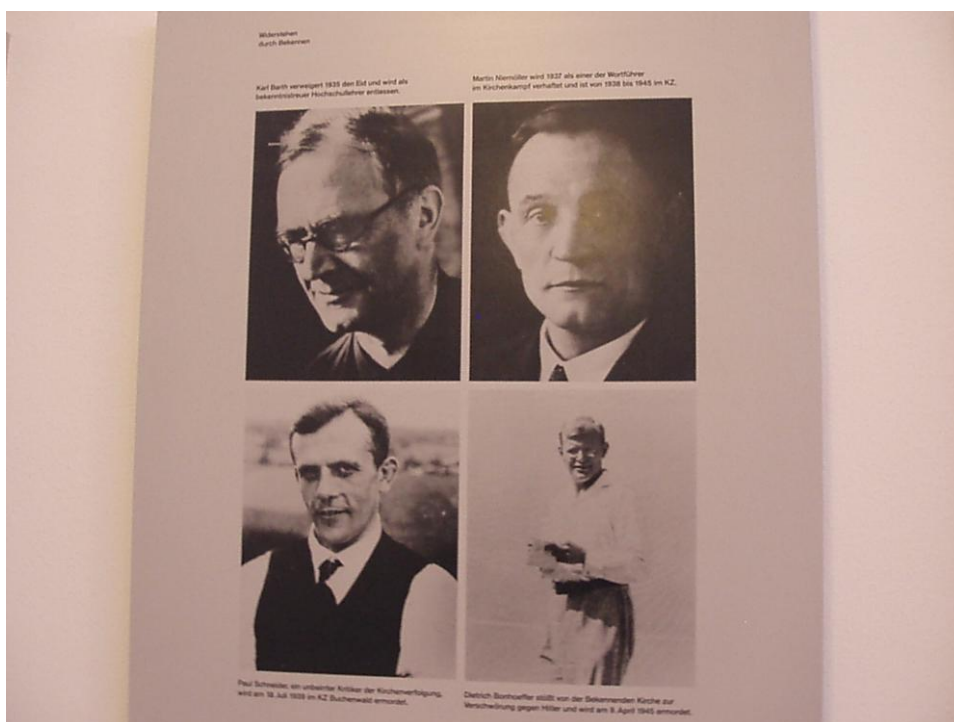
FOTOGRAFÍAS



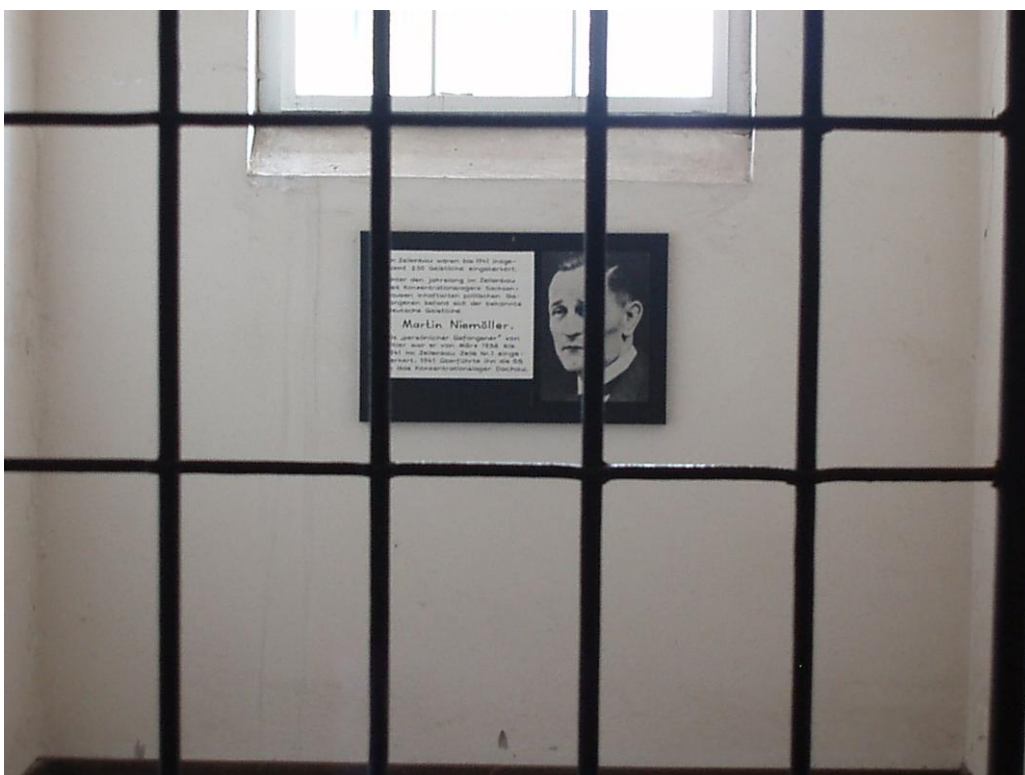
La iglesia de Santa Eduvigis (St. Hedwig) de Berlín (foto de Teresa M^a Mayor).



Bernhard Lichtenberg, canónigo de la iglesia de Santa Hedwig (foto de Teresa M^a Mayor).



Karl Barth, Martin Niemöller, arriba, Paul Schneider y Dietrich Bonhoeffer, abajo, miembros de la Iglesia de la Confesión (Berlín, Museo-Memorial de la Resistencia contra el nazismo, foto de Teresa M^a Mayor).



Celda especial del campo de concentración de Sachsenhausen donde estuvo preso el pastor Martín Niemöller (foto de Teresa M^a Mayor).



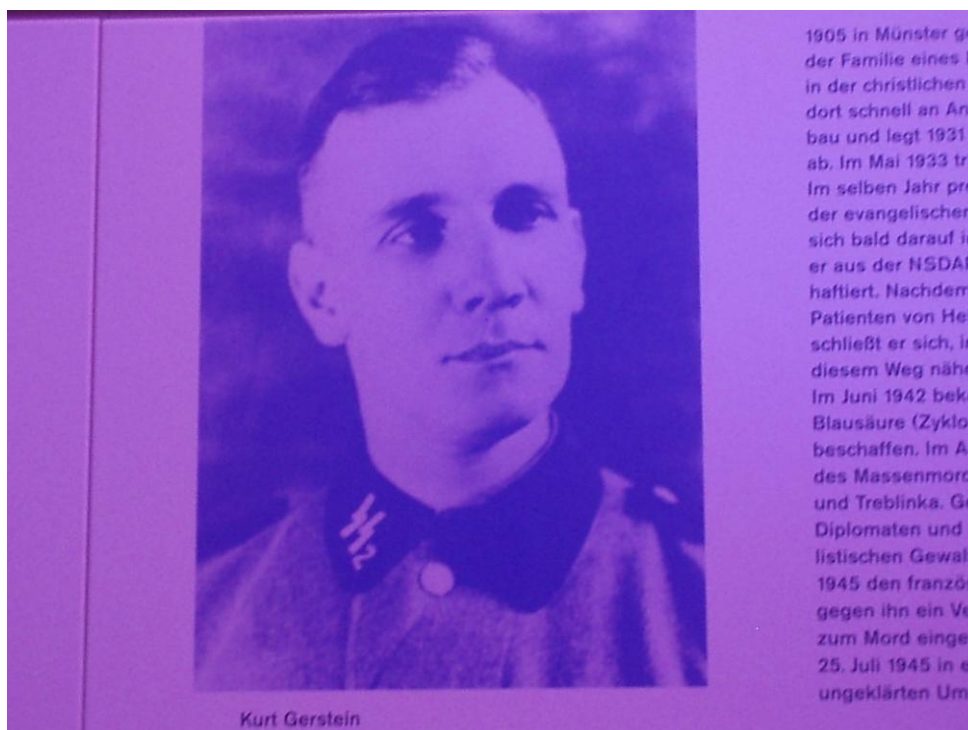
Campo de concentración de Dachau (foto de Beatriz y Antonio Morales).



Berlín: Monumento-memorial del Holocausto, ubicado muy cerca de la Puerta de Bradenburgo (foto de Teresa M^a Mayor).



Monumento conmemorativo de la quema de libros por los nazis en la Bebelplatz de Berlín, una amplia plaza que está situada frente a la iglesia católica de Santa Hedwig. El monumento representa los estantes vacíos de una librería (foto de Teresa M^a Mayor).



Kurt Gerstein un químico de las SS cuya vida inspiró la polémica obra *“El vicario”* de Rolf Hochhuth y la película *“Amén”* del realizador greco-francés Costa-Gravas (Museo-Memorial de la Resistencia Antinazi de Berlín, foto de Teresa M^a Mayor).

FILMOGRAFÍA RECOMENDADA

- *Amén*, 2002, Costa-Gavras,
- *Good*, 2008, Vicente Amorim,
- *Katyn*, 2009, Andrej Wadja.



El polémico cartel de la película "Amén"